

Prof. PIO EDUARDO SANMIGUEL
 Universidad Nacional
 Psicoanalista

DESEO: DESEO DEL OTRO

[PLANTEAR EL PROBLEMA DE LA CONSTITUCION DEL DESEO COMO DESEO DEL OTRO]

*¡tando en su mano el remedio
 por qué me deja morir!
 Del Folclor*

La intelección de semejante afirmación no está asegurada en la afirmación misma. Tanto más cuando sabemos que más de una lectura de este texto es posible. Lo sabemos ya cuando precisamente de ese otro que ponemos en el lugar de "escucha" de nuestra sentencia nos viene el sentido de lo enunciado.¹

¿Qué es el deseo?

Responder a esta pregunta sin fórmulas de compromiso obliga a un rodeo hacia las fuentes del descubrimiento freudiano.

En esa especie, a la que solamente en una mirada retrospectiva podemos llamar "humana", aparece de pronto - ya sea por obra de Dios o de Darwin, poco importa aquí - una nueva posibilidad, un nuevo orden: la posibilidad simbólica, que otros llaman lenguaje.

Si el deseo es producto de una particular inmersión del sujeto e una estructura fundada por la relación con el otro y no por las relaciones del objeto, toda definición del deseo solamente será posible al interior y a través de una radicalización de los efectos del lenguaje en el vi-

La cuestión está en saber lo que ello implicó para el regalado: ¿Se trata de una más entre sus posibilidades, que lo facultaría para el aprendizaje, la adaptación y la manipulación de una realidad?. Si tal es el caso seamos darwinianos, en ese doble movimiento que le impuso al hombre: separarlo primero de toda ascendencia divina e igualarlo a cualquier otro animal en su momento evolutivo, para asemejarse con ello a Copérnico, al destituir al hombre de su ce(n)tro. Y en un segundo movimiento devolverle su lugar al situarlo en la escala más alta de la evolución, con esa "casi omnipotente" posibilidad sobre lo viviente y la realidad de la que surgió.

viente. El artículo hace con la ayuda del recién nacido un recorrido hacia una definición del deseo como deseo del otro, planteando en su curso dos paradojas que afectan principalmente la ilusión de un psicoanálisis concebido como psicología del desarrollo.

No es ese, sin embargo, el resultado de la experiencia de Freud y del Psicoanálisis: esa nueva posibilidad que llamé antes

(1) Debo decir que, de entrada, la formulación del tema del ensayo redobla la pregunta. ¿Qué quiere de mí el Otro?. ¿Desea que plantee los vericuetos de la constitución del deseo?. ¿Qué viene a hacer allí la palabra "problema": se refiere a un problema en particular que plantearía la constitución del deseo?. Heme aquí pues, librado a la formulación del deseo por el otro ante la cual no hay claridad posible. En lo que el otro dice, el sujeto arriesga una lectura de su deseo, pero sobre ese deseo, insisto, no hay clarificación posible. Así mismo, lo que yo intento leer en la formulación, en la demanda de ese otro institucional, es su deseo. Pero puesto que de eso se trata, de entrada no me resulta claro; y sin embargo estoy condenado a acomodar mi deseo al suyo si quiero, como le pasa al niño pequeño envuelto en esa dependencia de amor, seguir en la

equivocada pero inevitable confusión de creer que, es por uno que el Otro es feliz. No nos llamemos a engaño! pues si el sujeto puede seguir en el engaño sobre su deseo, no así el teórico, que sabe bien de lo que se trata: el Otro no busca sino su completud narcisista. Vuélvase pues a leer el primer párrafo de este ensayo para que pueda apreciarse qué tanto queda redoblado su sentido. Que no se me malentienda! No se trata de decir que la demanda está mal formulada. Es en la medida en que busco leer en los trazos de la demanda, el deseo del Otro, que ya nada resulta claro; en este sentido puedo afirmar que todo deseo sufre de un defecto en su formulación.



“simbólica” o “de lenguaje” viene a imponer un desorden en esa maravillosa organización que tanto nos asombra en los animales y que explicamos haciendo referencia al instinto.

Que no se trata en el hombre de instintos, de ello da fé la experiencia psicoanalítica al no chocarse con ninguno en su camino.

Vemos como perfilarse la noción freudiana de **trieb** - pulsión o deriva - para hablar del “instinto para el apetito sexual”; pero contentémonos por el momento con percibir esa pulsión - entre soma y psique - como hipótesis fundamental para la explicación en psicoanálisis, sin la cual nada de lo que han sido sus desarrollos puede sostenerse.

El instinto, pues, armoniza al animal con su medio; el lenguaje (su aparición) viene a desarmonizar semejante equilibrio que se le aparece tan perfecto a la mirada del hombre, que no puede suponerle otro origen que el de la

mano divina. Pero no basta con esto para imponer todo el peso y derivar las consecuencias de tal aparición. Pues entonces, ¿no nos veríamos arrastrados por ese segundo movimiento darwiniano al afirmar que, a pesar de que el lenguaje imposibilita al instinto con su medio, le da otras posibilidades, en una especie de superacomodación respecto a esa realidad?. No se trata de eso, de ninguna manera.

Situemos al recién nacido para aclarar la cuestión.

Decir que, a pesar del lenguaje, el niño viene al mundo equipado, es una afirmación que solo puede aceptarse bajo reservas en el campo que nos ocupa.

El parto, ese desgarramiento entre la madre y el niño del cual la primera nunca quiso saber nada puesto que nunca quiso que ocurriera, deja al segundo en un estado de **necesidad**.

Esa necesidad, cómo definirla?. Digamos que es **necesidad de satisfacción de la necesidad**.

No nos apresuremos a concluir de ello una primigenia relación de objeto, pues si bien a la necesidad no la satisface sino el objeto de la necesidad, nada nos dice que sea éste el campo privilegiado que nos ocupa.

Pero aún si lo fuera, habremos de constatar fácilmente que también allí el lenguaje ha causado estragos: un neonato es un viviente con necesidades, pero totalmente desvalido para satisfacerlas. Su única posibilidad de sobrevivencia es que a su lado encuentre lo que Freud llamó el **Nebenmensch**, lugar que en nuestra cultura ocupa generalmente la madre y que Lacan llamó **Otro**. Su tarea primera, si decide aceptarla, consiste en significar el grito² en la satisfacción de la necesidad. Poco importa el grado de adecuación de la respuesta en una escala de concordancia con la realidad: no se trata aquí de malas o buenas madres!

A partir de ese momento inaugurante, todo grito es demanda. Y ya puede venir la rodada de demandas a sucederse, formando a su paso trazas, huellas que conformarán esquemas de respuesta prefabricados para ese individuo.³

Pero lo que de esto no nos debe escapar es que, antes que tratarse aquí de una supuesta coordinación del sujeto con sus objetos, lo que prima es la puesta en marcha de la posibilidad simbólica.

Vayamos al detalle, aún al riesgo de repetirnos: lo que pone en marcha la maquinaria lingüística le viene al viviente de fuera de sí mismo; lo que pone en marcha el orden simbólico es el Otro, o más exactamente, la huella que ese Otro imprime en él. Decimos entonces que no se trata de una relación objetal, sino de una relación con el Otro.⁴

Nos hallamos así ante una primera paradoja aparente: la demanda organiza la necesidad y no al contrario, como

(2) El esbozo, el movimiento, la mirada, el llanto, el silencio.. que allí llamo grito para evitar lo imposible: que ya al nombrarlo, lo significo.

(3) Aludo aquí al sistema "PSI" del "Proyecto...", y naturalmente al YO.

(4) Se objetará enseguida que la diferencia no pasa de ser terminológica, pues no basta con que sea "otro viviente" para no ser objeto. El Otro tiene la particularidad de entrar en el juego, de afectar con su historia de sujeto la subjetividad de aquel en quien se juega las bazas de su deseo. El otro es Otro solamente en la medida en que hable. Por lo demás,

suponen erróneamente los teóricos del desarrollo. Podemos decirlo con palabras del pensamiento filosófico: el orden de las palabras crea el orden de las cosas.

Estamos en pleno lenguaje: entiéndase con ello esa estructura en la que se ordena la relación establecida con el Otro de la que venimos hablando. Hemos dejado atrás el concepto de lenguaje como representante de meros objetos.

Para que la alucinación se ponga en marcha no es necesario el reconocimiento de un objeto en lo real, sino la relación con el Otro. Alucinar es "creer percibir":

"Tenemos que vérnolas no solamente con un organismo poco preparado para la vida, (...), sino aún y sobre

todo con un psiquismo positivamente dotado de un principio contrario a las exigencias de la vida como tal, en la medida en que ésta requiere una adhesión mínima del organismo a las señales o, si se prefiere, a los engaños de su Umwelt. A partir del momento en que suponemos que el aparato psíquico no se contenta con pensar lo que quiere, sino que <<realiza>> su pensamiento antes de reconocerlo en lo real, estamos planteando también que ese aparato existe en una adhesión principal a sus propias ficciones o a sus propios engaños; en resumen, un aparato que no necesita oponerse para plantearse; un aparato que no espera; que no espera ni siquiera que la realidad lo decepcione antes de remplazarla alucinatoriamente por otra realidad..."

(Safouan, pp.20-21. La traducción es mía).

Demos un paso más: lo que resulta de esta vida en el exilio para el sujeto, es el estado de insatisfacción continua. He ahí la característica de base de la pulsión: su imposibilidad de retornar al equilibrio,⁵ o mejor, la búsqueda continua de un equilibrio imposible.

¿Cómo se ordena esta búsqueda?. La primera respuesta que se nos viene a la mente es la de Abraham: la pulsión se

decir que no se trata de Objeto sino de Otro, es insistir menos en ellos y más en la relación, que como veremos más adelante, no se hace ni con el objeto ni con la satisfacción, sino con la FALTA de objeto: con la FALTA de satisfacción.

(5) El instinto puede representarse gráficamente por un bucle que se cierra sobre sí mismo. La pulsión queda por contraste representada en la imposibilidad de volver sobre sí misma, □ y □

ordenaría en un desarrollo lineal cuyos esbozos generales serían los de la oralidad, analidad, falicidad y genitalidad: en un movimiento "hacia adelante", el individuo iría desplegando cada una de ellas, como sacándolas de un reservorio propio a su especie. Los desarrollos hasta aquí planteados nos obligan a pensar en la posibilidad de ponerla en duda.

Retomemos entonces al niño, que habíamos dejado junto al Otro: cuando el niño emite la demanda, le viene del otro una **respuesta** que, al mismo tiempo que significa -da sentido- a la demanda, intenta con ello reducir la distancia que la separa de una satisfacción posible. El Otro sabe muy bien de lo que se trata, pues está, respecto a ese niño que es su hijo, en posición de pedirle SER el objeto de su DESEO: El Deseo se define aquí como la forma en que se organiza ese movimiento que tiende a remediar la FALTA DE SER. El Deseo es aquí DESEO DE SER.

Ese deseo, ¿cómo lo transmite la madre al niño si no es en su propia demanda?

Que el Otro ofrezca al niño la significación de su grito, y más tarde la de sus demandas, es un don que no va sin una demanda de retribución, presente ya en el simple hecho de aceptar tal don. Significar la demanda no la satisface, y precisamente en esa brecha transmitida entre significación de la demanda e imposibilidad de satisfacción, aparece un "x", una incógnita que es el deseo mismo. Diré entonces que el DESEO ES DESCONOCIDO; el DESEO ES UNA INCOGNITA NO DESPEJABLE.

Desde entonces, el niño ES el objeto del Deseo de la madre: del Otro.⁶

¿Qué quiere de mí el Otro? ¿Qué quiere el otro que yo SEA?. Cuando me dice (...la demanda), ... qué me dice (... el deseo)?.

(6) Quien responde a la demanda, se pone en posición de SER el objeto del deseo del otro: el Fallo que da la ilusión de completud. Por eso se dice que el psicoanalista no responde a la demanda del analizando, y en su interpretación hace oír su Deseo.

(7) Decir que la Madre es capaz de hacer transparente al sujeto no es una afirmación precisa, por no decir que es del todo incorrecta. Que el Otro tenga la capacidad de significar al niño su demanda y hasta su grito, no le otorga al primero el don de la certeza.

Diremos entonces que el DESEO ES DESEO DE SABER, con el cuidado de agregar... DE SABER SOBRE EL DESEO.

Henos aquí ante una segunda gran paradoja: no es la pulsión la que organiza el deseo; es el Deseo el que ordena los caminos de la pulsión.

Si el Otro ofrece al sujeto su deseo, y que éste estructura los caminos de la pulsión en este último, ¿no estoy diciendo ya que el DESEO ES DESEO DEL OTRO?.

Veamos las tres lecturas posibles de esta definición:

DESEO ES DESEO DEL OTRO: el sujeto toma el Deseo del Otro como si fuera propio. El Otro le dicta los caminos de la pulsión. Es la opción que he venido desarrollando explícitamente.

DESEO ES DESEO DEL OTRO: el sujeto desea ser deseado por el Otro. En la medida en que el sujeto acepta el don que le ofrece el Otro en su demanda, se hace deseante del deseo que allí se cuele. El deseo es aquí DESEO DEL DESEO. La madre posee la clave que le permite al niño sobrevivir. Ello crea, entre ella y el niño una dependencia que no está fundamentada en el intercambio de objetos, sino que es dependencia de amor.⁷

DESEO ES DESEO DEL OTRO: el sujeto desea al Otro. Es la versión freudiana propiamente dicha, que muchos psicoanalistas menosprecian por lo

que ella tiene de equívoca. Otros en cambio la ensalzaron sin saber con certeza lo que ese Otro significaba y, confundiendo con un objeto, fundamentaron el psicoanálisis de la relación de objeto. No se trata entonces aquí de objetos ni parciales ni totales. El seno, prototipo del objeto del deseo en la teoría kleiniana, ha de considerarse más bien como el

Sin embargo, ello no le quita nada a la VERDAD que allí transmite. Diremos entonces que lo que dice la demanda del Otro NO ES NECESARIAMENTE CIERTO, AUNQUE SEA VERDAD. Las implicaciones de esta afirmación para la práctica del psicoanálisis son fundamentales. El psicoanalista que las desconoce fundamenta su acción en una labor hermenéutica en la que su interpretación opera las veces de herramienta para la comprensión. Por lo demás, hallamos en este campo unos psicoanalistas que "son unas madres".

objeto de la satisfacción que engaña ese vacío, esa brecha, esa falta fundamental. ES UN ENGAÑO.

Cuando se divide al Otro en partes (y diciéndolo así se evidencia la confusión que se opera al tomarlo por un objeto) podemos hallar soportes identificatorios y hablar de introyección e identificación. Lo mismo si se trata al Otro como Objeto total.

En cambio, tomado como Otro hallaremos que algo de él resiste a cualquier intento de absorción contemplativa: se trata de su propia impotencia para aclarar al sujeto,⁸ que este último no puede interpretar sino como deseo.

Es, 'das Ding', la cosa freudiana. Lacan lo llamó objeto 'a'.

El sujeto se interroga sobre lo que el Otro le manifiesta como deseo ignorado, es decir, se interroga allí donde el Otro no responde y donde el Otro no lo puede hacer transparente. El sujeto pone en acción un objeto tras otro a través de la demanda; pero lo que se desea es siempre OTRA cosa: 'a'. Lo que se desea no es lo que se demanda.

Decir que el sujeto desea al Otro es decir que 'a' es lo que se desea, y que 'a' es el motor del deseo. ¿Cómo definir el objeto 'a'? SIEMPRE OTRA COSA.⁹

Lo que he tratado de mostrar hasta aquí es que la concepción del deseo como deseo del Otro no se sostiene si no es a partir de una radicalización de los efectos de la aparición del lenguaje en el viviente.

A su vez entonces, se entiende que una cosa es afirmar que el inconsciente se estructura como un lenguaje, y otra cosa es llevar la afirmación hasta sus últimas consecuencias.

Se entiende entonces también que no tenga cabida en el psicoanálisis una psicología del desarrollo. Primero, porque el sujeto no se estructura como deseante a partir de sí mismo, sino desde el Otro. Segundo, porque el desarrollo no se da en forma "lineal hacia adelante", sino "puntualmente y hacia atrás": en un efecto a *posteriori* que Lacan llama *après-coup*. O, lo que es lo mismo: no se trata de CRONOS sino de LOGOS *

BIBLIOGRAFIA

- BRAUNSTEIN N. A. et als., La Re-Flexión de los Conceptos de Freud en la Obra de Lacan. México: SIGLO XXI, 1983
 LACAN J., Subversión del Sujeto y Dialéctica del Deseo en el Inconsciente Freudiano. En: Jacques LACAN, Escritos I. México: SIGLO XXI, 1971.
 SAFOUAN M., L'Échec du Principe du Plaisir. Paris: SEUIL, 1979
 SILVESTRE M., Demain la Psychanalyse (Comp.) . Paris: NAVARIN, 1987. particularmente,
 L'Interpretación de la Demande, pp. 146-161 (1984)
 Retour sur l'Œdipe, pp. 156-177 (1977).

(8)Lo que el Otro no puede aclarar del sujeto tiene que ver con el goce corporal. Este, lleva al niño a interrogar a la madre sobre su deseo. la madre calla"; el niño lo entiende así: ¿qué me quieres tú?. "Ahora bien, precisamente, no es seguro que el niño sabía que quería algo." (Silvestre pp 160. La traducción es mía). En ese momento el deseo se tiñe de

sexual: EL DESEO ES DESEO SEXUAL. * El otro tampoco posee la clave sobre su propio deseo.

(9)¿Un juego de palabras? En efecto lo es, pues las cosas son cuando se nombran. No hay objeto 'a' sino allí donde hay lenguaje.